

REVISTA DE ANTROPOLOGÍA EXPERIMENTAL

Nº 5, 2005. TEXTO 7.

UNIVERSIDAD DE JAÉN (ESPAÑA)

ISSN: 1578-4282

ISSN (CD-ROM): 1695-9884

DEPOSITO LEGAL: J-154-2003

www.ujaen.es/huesped/rae

HACER ETNOGRAFÍA EN LA PROPIA COMUNIDAD: PROBLEMAS DE EXPECTATIVAS, ATRIBUCIONES Y RESPONSABILIDADES

Sebastián Díaz Iglesias
(Universidad de Extremadura)
seba@rgdsolutions.com

Resumen: Este artículo plantea algunos problemas asociados a la investigación antropológica en la propia comunidad, a partir del análisis de un caso concreto: la investigación en torno al ritual de Jarramplas en Piornal (Cáceres) llevada a cabo por un antropólogo piornalego.

Abstract: This article deals with some problems which are associated to the anthropologic research within one's own community, from the analysis of one case: the research on the ritual of Jarramplas, in Piornal (Cáceres), carried out by an anthropologist from Piornal.

Palabras clave: Epistemología. Trabajo de Campo. Extremadura. Interpretación. Fiesta.

Introducción

Tras la decisión de hacer etnografía, la elección de una comunidad concreta para realizar el trabajo de campo constituye uno de los primeros pasos en la investigación etnográfica. Elegir una u otra área no es en absoluto un tema baladí y en ello tenemos que tener presentes diversos factores, psicológicos, económicos, institucionales, coyunturales (Aguirre Baztán, 1995: 7), y aún podríamos añadir, familiares y profesionales, ya que a partir del momento de la elección, esa comunidad de investigación va a adquirir una nueva dimensión para nosotros y va a tener una fuerte presencia en nuestra vida.

Argumentos etnográficos en los que apoyarnos en la toma de decisiones respecto a la demarcación del campo en el que realizar una etnografía hay muchos y de muy diversos tipos, que nos hablan de cómo los diferentes antropólogos han optado por una u otra comunidad, y el ejercicio cognitivo y afectivo puesto en marcha en este proceso. De igual manera, tenemos a nuestro alcance multitud de argumentos que defienden la prescripción de determinadas comunidades a investigar, o mejor, la no prescripción de según cuáles. Este asunto se agudiza de manera especial cuando entre las opciones de área de investigación etnográfica situamos a nuestra propia comunidad, la comunidad del investigador.

Han sido muchos y muy prestigiosos los antropólogos que han puesto el énfasis en los peligros de investigar inicialmente en la propia cultura, como señala Gutiérrez Estévez (en Rodríguez Cuevas, 2003) estudiar la propia comunidad puede llevarnos a una menor y menos productiva tensión intelectual, necesaria en toda investigación, sea del tipo que sea, por el hecho de estar estudiando cosas que nos son familiares.

La necesidad de una mayor y más productiva tensión intelectual, lo enriquecedor del contraste de culturas, los positivo de experimentar una segunda socialización, de vivir en definitiva el denominado “choque cultural”, o la objetividad que asegura la mirada distante, en cierto modo nos obligan a pensar en ésta, es decir, la opción de la comunidad de estudio fuera de aquella a la que pertenece el investigador, como única posibilidad en la elección de nuestra área de investigación. Sin embargo, más que una obligación o prescripción, se trataría de una posibilidad entre otras posibles, no la única.

Aunque hay muchos antropólogos que defienden este tipo de elección, también son muchos los que hablan de la posibilidad de hacer investigación antropológica en la propia comunidad, los llamados trabajos “en casa”, los estudios sobre “nosotros”, poniendo el acento en las importantes posibilidades que esta opción puede ofrecer. Algunos llegan incluso a poner en cuestión el distanciamiento como única garantía de objetividad y por lo tanto de rigor científico, “(...) en la medida en que el observador reconoce y hace explícita su posición social, la subjetividad queda, sino controlada, sí al menos matizada. Es una cuestión de honestidad profesional. Por otro lado, contra quienes defienden que el científico social nunca debe hacer observación participante de un grupo social en el que esté directamente implicado, aquí se defiende lo contrario” (Guasch, 1997: 11). Anguera Argilaga al analizar los niveles de participación en la investigación etnográfica, escribe refiriéndose al observador que pertenece al grupo objeto de estudio “(...) tiene mayor libertad de movimientos, pudiéndose relacionar con todas las personas de su grupo en sus propios niveles. El significado de ciertos comportamientos escapa siempre, al menos en parte, a los que observan desde fuera, mientras la observación en el propio grupo ofrece, además de la mayor posibilidad de acceso, garantía de logro de mayor volumen de información” (1995: 77). Para esta autora, la investigación en el propio grupo, “aunque implica un posible sesgo de expectativa, disminuye el de reactividad y aumenta la accesibilidad del sujeto, y por consiguiente la viabilidad del estudio” (Ibid.).

Sin duda, pertenecer al grupo social que se investiga, como hemos visto, facilita el acceso, disminuye la reactividad, se controla o al menos matiza la subjetividad, permite un mayor volumen de información, pero también nos evita enfrentarnos al, a veces traumático, proceso de segunda socialización, nos salva de los problemas de traducción cultural, permite el manejo desde el inicio de los códigos vigentes en el propio grupo, posibilita un trabajo de campo que puede seguirse a lo largo de muchos años, aunque mantiene la necesidad de cierto desplazamiento moral, elimina en gran medida el desplazamiento físico, y en general, las condiciones de la investigación son más favorables que las condiciones típicas que afectan cuando estudiamos a esos “otros” más lejanos.

Sin duda, estos fueron algunos de los condicionantes metodológicos con los que nos encontramos en nuestra investigación sobre el ritual festivo de Jarramplas (Díaz Iglesias, 2004b), ritual que cada año acontece en la localidad cacereña de Piornal, comunidad a la que pertenece el autor de la investigación. Es precisamente sobre el proceso de investigación llevado a cabo en este caso concreto, es decir, un antropólogo piornalego investigando sobre una fiesta que acontece en Piornal, sobre el que vamos a centrar el contenido de este artículo, no sin antes ofrecer una breve descripción del ritual, a modo de programa, para central al lector (una descripción más detallada se puede encontrar en Díaz Iglesias, 2004a)

El ritual festivo de Jarramplas

Cada 19 y 20 de enero Piornal entra en su más preciado tiempo de fiesta, especialmente en estos últimos años tras superar el periodo generalizado de antiritualidad, característico de los años 70 del pasado siglo. Pero el ritual es algo más que el producto que se puede vivir en este pueblo cacereño esos dos días, el ritual es un proceso continuado sin pausa, que para los organizadores de cada edición se inicia el mismo día 20 del año anterior, cuando reciben de mano de los mayordomos de ese año, la máscara y la indumentaria ritual de Jarramplas, y con ellas, el testigo que les hace mayordomos de esta fiesta durante todo el año.

Todo se inicia desde ese momento y conlleva un proceso de concienciación por parte de los mayordomos, encargados de la organización de la fiesta y sus valedores económicos, y de Jarramplas, personaje que da nombre a la vez a la fiesta, y a uno de sus intervinientes, protagonista indudable de un ritual que centra gran parte de sus dos días centrales en el lanzamiento indiscriminado de nabos que la gente, piornalegos y turistas, hace sobre él. Pero también precisa de unos preparativos de tipo logístico: hay que confeccionar el traje de Jarramplas, las máscaras que cubrirán su rostro y le darán un aspecto diabólico, las armaduras que le protegerán de los nabos, las migas que se ofrecerán a la comunidad (unos cuatrocientos panes), las comidas a las que se invitará a un buen puñado de gente (entre cien y doscientas), la elección de las cantoras, de la canción de la ronda, los ensayos (Díaz Iglesias, 2004), etc.

Los días nucleares de la fiesta se inician el día 19, aunque, en los últimos años, el día 18 está adquiriendo un protagonismo cada vez mayor, con la visita de Jarramplas y mayordomos a los centros escolares y la salida de Jarramplas para que los niños le tiren nabos.

Todo comienza con la petición de ofrendas para el santo, San Sebastián, el otro gran protagonista del ritual. El resto del día es para que Jarramplas recorra las calles del pueblo mientras la gente se ensaña con él a nabazos. Hay que señalar que en la tarde de este día entra en escena nuevamente San Sebastián, en los ritos de Bajar y Vestir al Santo, tras el cual nuevamente Jarramplas se echa a la calle. Al anochecer un regocijo anuncia la llegada de un día de fiesta, posteriormente los organizadores de la fiesta recorren los bares para que sus dueños, grandes beneficiados de la fiesta en el plano económico, colaboren con la mayordomía, a la que suelen ofrecer bebidas alcohólicas. Todo parece pararse en el que muchos consideran el momento de mayor solemnidad de la fiesta: las alborás, procesión nocturna, acompañado de un canto colectivo, en la que participan piornalegos y forasteros, hombres y mujeres, gente de diferentes grupos de edad, en definitiva, toda la comunidad, en una situación de desestructuración social evidente.

Con las migas nocturnas, se da paso al día 20 en el que Jarramplas vuelve enfrentarse a la gente hasta llegar a la iglesia donde tras la procesión diurna, ahora con la imagen del santo elemento integrador, y la misa, un grupo de jóvenes cantoras interpreta a San Sebastián, la Rosca, canto modal de alabanza al santo y petición de gracia para el pueblo y de manera especial para Jarramplas y mayordomo.

Tras este momento musical, Jarramplas sale de la iglesia y con su máscara se dispone a continuar su especial calvario, muchas veces justificado como sacrificio emergente de una manda o promesa a San Sebastián. Después hay un descanso para una ronda y la comida, porque la tarde vuelve a ser frenética con nuevos ritos religiosos (Besapiés y Subida del Santo al Trono) y otra salida de Jarramplas de la iglesia, siempre el momento de mayor virulencia, que concluye con su recogida definitiva y el ya mencionado acto de entrega de la máscara y la ropa a los mayordomos entrantes.

Haciendo investigación antropológica en mi propia comunidad

Después de unos años en la Facultad, en la licenciatura de Antropología Social y Cultural, escuchando a tus profesores hablar de Malinowski y los argonautas del Pacífico Occidental, Evan-

Pritchard, los nuer y los azande, Radcliffe-Brown y los isleños de Andamán, Clifford Geertz y los balineses, etc., etc., uno siente el deseo de estudiar una cultura desconocida, alejada de la tuya, de esas que algunos han tildado de exóticas, en la que pasar un tiempo prolongado que sirviera para realizar una investigación que desembocara en una etnografía de calidad.

Lo cierto es que la realidad, en la que mi esposa e hijos ocupaban un lugar central a los que dedicar tiempo, y con una ocupación profesional que no puedes dejar si no es a costa de perder algunos de los privilegios que tanto te habían costado conseguir en ella, como un destino definitivo en el que impartir tu docencia, cae sobre esos románticos pensamientos como una losa, y te hace decidirte por un área cercana y sentirte como uno de esos “graduados que realizan sus trabajos en comunidades inmediatas, con débil contraste cultural, bajo los imperativos y condicionantes de realizar su tesis doctoral: sobre un pueblo, sobre un grupo marginal o sobre una institución” (Aguirre 1995: 7).

Claro que bien analizada esta opción no tenía porqué resultar tan decepcionante. Después de pensarlo detenidamente, tu entorno próximo puede ofrecerte un tema y un campo de acción verdaderamente interesante, atractivo y motivante. España, ¡qué digo España!, Extremadura podría ser mi primer destino como investigador en el marco de esta disciplina, como Isidoro Moreno se ha vertido en Andalucía, Carmelo Lisón en Galicia, Honorio Velasco y Luis Díaz en Castilla y León, o el propio Marcos Arévalo en esta comunidad, por citar algunos antropólogos de nuestro país. ¿Y por qué no concretar más, y elegir una localidad?. Así lo hacen Lisón con Belmonte de los Caballeros, Cruces Villalobos y Jiménez Madariaga con Madrid, Lamela con Lugo, Takenaka con Huesca, Fernández Álvarez con León, Sánchez Pérez con Casaraboneta, Irigoyen con Zamarramala o en la misma Extremadura, Schwarz con Trujillo, Kuroda con Zafra, Uriarte con La Codosera, Sánchez Blázquez con Valdivia, Limpo en Olivenza, Guissen Lutkins con Cañamero, etc.

Eso es, un pueblo, ¿por qué no investigar un pueblo?. Pero, ¿qué pueblo?. La respuesta a esta pregunta se dejó guiar por ciertas preferencias: me gustaría investigar en un pueblo que además de resultarme física y emocionalmente cercano, me motive a trabajar sobre él, y me ofrezca razones para que me decida a usar en él mis básicos niveles de competencia y ejecución antropológica, los conocimientos sobre el mundo, la vida y las gentes que me han dado los años, mi curiosidad, mis deseos de aprender, de tratar de explicar comportamientos humanos a priori inexplicables, de sentirme útil a una comunidad por un lado y a la Antropología por otro, y por supuesto mi ilusión. Eso es, un pueblo que me ofrezca todas esas razones, pero la pregunta aún seguía ahí: ¿qué pueblo?. ¡Ya está!, ese pueblo será Piornal, el que siempre he considerado mi pueblo, aunque por razones de estudio y de trabajo, desde los trece años he pasado más tiempo fuera que dentro de él. La lectura de la etnografía que sobre la localidad de San Martín de Unx hacen los Zubiaur, me permite realizar similares consideraciones a las que estos hicieron en su momento: “Varias han sido las razones que nos llevaron a acometer este estudio etnográfico de San Martín de Unx. Sin duda, la primera de ellas fue el especial cariño que sentimos por el pueblo de nuestros antepasados, en el que transcurrieron muchos días de nuestra niñez” (1980: 13)

Es incuestionable mi vinculación con Piornal. Nací y pasé mi infancia en este pueblo. De una familia cuyas raíces piornalegas se pierden en el tiempo, viví mis primeros años entre cerezos, robles y pinos, jugando con mis primos y amigos a mil y un juegos, en calles muchas veces cubiertas de nieve y en los canchales que rodean al casco urbano; trabajé con mis padres en el cultivo de hortalizas y legumbres de consumo propio, cerezas y aceitunas para el comercio, y de panizos y heno para consumo animal; *caté* y recogí los huevos de nuestras gallinas, les di de comer de igual manera que al cerdo y a la cabra mocha, y ordeñé a mano a esta última; fui a una escuela de las de crucifijo y foto de Franco, de las de aprendizaje receptivo y memorístico, de las de bofetones, palos y varas de castigo, de las del grupo de los listos y el de los torpes; pasé muchas noches al calor de la lumbre escuchando historias que me contaban y cantaban mis padres y abuelos, a la vez que desgranábamos mazorcas, cortábamos *gamonas* para los *cochinos*, o hacíamos palomitas de maíz en la sartén. Piornal vio pasar mi juventud a retazos, entre vacación y vacación, y algunos fines de semana en los que huía de Cáceres y de mis estudios; continué con los trabajos propios del campo, con más intensidad si cabe, y poco a poco fui viendo cómo mi pueblo se agarraba al carro de la modernidad, del que muchos creyeron que acabaría descolgado. El tiempo me fue apegando cada vez más a mi pueblo, a pesar de estar trabajando y viviendo con asiduidad en otra localidad.

Pero la elección del pueblo de uno para llevar a cabo una investigación no es algo tan sencillo. Como veremos más adelante, ello supone a veces un solapamiento entre los roles de observador y observado, pasando el observador a ser a la vez sujeto y objeto, y algunos registros a la vez *emic* y *etic*. Soy consciente de los problemas de distorsión que puede generar la introspección, aunque, no nos engañemos, hasta la forma de dar cuenta de nuestro propio mundo, el más privado incluso, está condicionado por las directrices que nos marca la comunidad a la que pertenecemos. Hasta de lo más íntimo damos cuenta mediatizados por la cultura en la que nos encontramos, más aún si, como en nuestro caso, uno ha pasado gran parte de su vida fuera del pueblo que le vio nacer.

Un siguiente paso, muy relacionado con el anterior de la elección de la comunidad objeto de estudio, es el de la elección del tema sobre el cual investigar, tema igualmente próximo al investigador, en tanto en cuanto tiene que ver con una forma de vida a la que está directamente vinculado. En nuestro caso la investigación se centró en el ritual festivo de Jarramplas, auténtico símbolo clave y emblema identitario para la comunidad piornalega.

Nuevamente, llegados a este punto, aparecen los fantasmas sobre el problema de investigar lo propio, del que ya hablamos anteriormente. Una de las ventajas de investigar una fiesta en tu mismo pueblo, que has vivido desde pequeño, tiene que ver con el conocimiento sin paliativos de las claves de la cultura en la que esta se enmarca, sin las cuales pensamos que resulta más complicado profundizar en su estudio. A este respecto, y refiriéndose a la fiesta, Javier Marcos escribe que “Su comprensión, la de su significado, sólo es posible desde el conocimiento preciso de las claves, del código semántico, dentro del contexto cultural global en el que se inscriben” (2000: 120).

Una de las posibles dificultades presentes en una investigación antropológica sobre un ritual festivo, o cualquier otro tema, en el propio entorno, podría estar en la falta de extrañamiento que produce lo propio. El extrañamiento es uno de los motores de la motivación investigadora, sin embargo, ¿cómo te vas a extrañar de lo que siempre has vivido?.

Cuando percibimos formas de comportamientos que no encajan en nuestra manera de ver y vivir la realidad, podemos optar por dos caminos. Uno de ellos, más superficial, no lejano a planteamientos etnocéntricos, nos insta a pasar por alto esas conductas que no se adecuan a lo que para nosotros sería un comportamiento ajustado a la norma, característico de nuestra vida ordinaria, y eso en el mejor de los casos, en otros, simplemente nos vemos abocados a interpretarlos como una desviación aberrante e irracional de lo que es adecuado, o sea, una desviación de nuestro comportamiento. Seguir el otro camino, más científico, deseable y ajustado a paradigmas relativistas, nos llevaría a tratar de encontrar las claves que hacen que esos comportamientos diferentes a los nuestros, no predecibles desde nuestros parámetros de medida, resulten razonables, ajustados a contexto, y por supuesto, justificados y justificables para los que los manifiestan.

Estamos hablando del extrañamiento, o actitud de sorpresa ante lo extraño, que supone una sensibilización hacia lo que no esperamos, actitud “que nos permite percibir que en otros mundos sociales, las personas *efectivamente* no hacen lo que yo (nosotros) haría (mos)... El extrañamiento nos lleva a fraguar una actitud *relativista* ante lo que no encaja con nuestros esquemas *etnocéntricos*” (Velasco y Díaz de Rada, 1997). Estas pautas de comportamiento extrañas se constituyen en auténticas generadoras de situaciones a investigar e hipótesis en las que apoyar estas, al provocar curiosidad e interés por desentrañarlas y tratar de mostrar lo que de razonable tienen y hacerlas significativas para el investigador y otros.

El trabajo a partir de lo que puede resultar inicialmente como extraño supone asimismo para el investigador, y muy posiblemente para el receptor de la etnografía elaborada a partir de esa investigación, una nueva visión del mundo y la adquisición de nuevos parámetros de medida social que le pueden llevar a dar un nuevo paso en la huida del etnocentrismo, quizá el último y definitivo. Se trata de empezar a plantearse como extraño lo tuyo, lo que hasta ahora ha sido lo razonable y consistente, es decir, tu propia forma de vida, “sólo haciendo familiar lo extraño, podremos llegar a hacer extraño lo familiar” (Spindler y Spindler, 1982).

José Luis García, habla de la posibilidad de sufrir extrañamiento en su propio entorno: “No es, en realidad tan importante que el que investiga un campo cultural sea miembro de esa cultura o pertenezca a otra totalmente distinta. Ya he explicado en qué medida todos estamos rodeados de diferencias, incluso dentro de nuestra propia comunidad.” (1991: 125). Aunque parezca mentira, el extrañamiento es, sin duda, uno de las motivaciones iniciales para realizar esta investigación. Desde

pequeño he participado como un piornalego más de la fiesta de Jarramplas y he llevado a cabo una serie de comportamientos que podrían parecer extraños si se miraran desde fuera o me parase a compararlos con mi conducta cotidiana, pero que después de muchos años han pasado a ser normales y habituales en estos días. De esta manera, aún siendo una persona nada violenta, un docente que desde que empezó a trabajar ha tratado de inculcar a sus alumnos valores relacionados con la paz y el respeto a los otros, he lanzado nabos a Jarramplas casi como si quisiera matarlo, por otro lado, aún siendo una persona nada practicante en el ámbito de lo religioso, he cargado con las andas de San Sebastián en la procesión y he cantado su vida en alboradas. El porqué me he comportado así, nunca ha tenido importancia, al menos hasta ahora. Son cosas que se hacen porque sí, porque siempre las has hecho y resultan habituales en tiempo de Jarramplas. Han tenido que darse ciertas circunstancias para que esta fiesta me generase extrañamiento, una sensación novedosa en mí, de unos años para acá. Tres han sido principalmente esas circunstancias:

- El contacto con gente que se extrañaba ante “mi” fiesta.
- El contacto con otras fiestas.
- El contacto con la idea misma de extrañamiento.

Cuando sales de tu entorno próximo, haces los primeros viajes y pasas algún tiempo viviendo en otra localidad, con gente diferente a la que siempre has tenido junto a ti, empiezas a conocer y valorar “lo otro”, lo que es diferente a “lo tuyo”, no sin previamente sorprendente ante lo novedoso que pueden resultar esos lugares o algunas conductas de esa gente. Pero muchas veces lo verdaderamente sorprendente es que ellos se extrañen ante lo que para ti siempre ha constituido la forma de vida con mayúscula, o sea, la tuya. Desde luego, en mis primeros años de instituto en Cáceres, no daba crédito a que mis compañeros pusieran aquellas caras de asombro cuando les pedía una *catanga*, y aún menos cuando me tildaban a mí y a mis paisanos de salvajes tras escucharme, emocionado, referirles cómo era Jarramplas, la fiesta de mi pueblo. “-Tirar nabos a Jarramplas es lo más natural del mundo, como comer, dormir o mear” –les decía una y otra vez. Pero nada, no podían comprender primero que alguien se prestara voluntariamente a aquel suplicio, y segundo, que nosotros sabiendo quién era, pudiéramos disfrutar lanzándole nabos. Era inútil, ya que no comprendían lo principal, una de las claves de esta fiesta a las que puede resultar difícil acceder si no se es piornalego: no tiramos nabos a ninguna persona, tiramos nabos a Jarramplas, que es bien distinto.

Lo cierto es que algo similar me ocurría a mí cuando ellos me contaban como eran las fiestas de su pueblo. ¡Qué cosas más raras hacía aquella gente!. Y es que cuando te acercas a conocer y disfrutar en fiestas, que han tenido connotaciones exóticas como Jarramplas, como el Peropalo, los Escobazos o los Empalaos, por citar algunas de los rituales festivos extremeños con los que más contacto he tenido, no puedes por menos que extrañarte ante determinados comportamientos que se pueden observar en ellas.

A continuación recogemos algunas de estas conductas generadoras de extrañamiento para un supuesto observador, como en mi caso, que acude a la fiesta por primera vez.

- En los Escobazos, multitud de gente disfrutando en una auténtica orgía de fuego, dándose unos a otros con escobones ardiendo, o simplemente cantando entre llamaradas. Gente enfervorecida, casi envuelta en llamas, buscando a veces el contacto con las chispas.
- En el Peropalo, gente girando como poseída en torno a un palo del que pende un muñeco, grupos de gente arremetiendo unos contra otros, una y otra vez, unos jóvenes en un alto estado de embriaguez no sólo permitida sino obligada, golpeado a algunas personas con calabazas, un burro casi centro de atención en una plaza repleta de gente, etc.
- En los Empalaos un hombre envuelto en una sogá que le aprieta hasta casi dejarle sin respiración y dificultando sobremanera su circulación sanguínea, con un madero de no poco peso a cuestas, recorriendo las empinadas calles del pueblo.

Sin duda estos comportamientos resultan extraños para cualquier persona como yo, ajena a estos festejos y a los pueblos en los que se producen, a pesar de que se trata de fiestas en localidades que no distan más de cincuenta kilómetros de Piornal. Cómo explicar que la gente juegue con fuego de una

manera tan desenfadada y a la vez peligrosa, que pueda acarrear quemaduras en personas e incluso incendios, más aún en una zona tabaquera, con los secaderos repletos de tabaco en inmejorable estado para arder. Cómo explicar que la gente pueda moverse en torno a un muñeco como poseída, arremeter una y otra vez contra sus convecinos y amigos, golpear con calabazas a la gente y ésta, permitir que le golpeen. Cómo explicar que una persona libremente se apreste a un sufrimiento físico tan intenso como el ocasionado por las cuerdas que le rodean y aprietan el cuerpo. Y suponiendo que la gente se haya vuelto loca por unos instantes, cómo explicar que las instituciones encargadas de velar por la seguridad de las personas y los animales, permitan esos aparentes desafueros. El resultado ha sido que mi intento por comprender y hacer significativos los comportamientos que la gente tiene en estos rituales, ha sido fundamental para extrañarme ante lo mío.

Han sido vivencias en otras fiestas las que principalmente me han llevado a hacerme preguntas sobre Jarramplas, y sobre todo lo que gira en torno a él, y en ese entramado de cosas, buscar algo de luz a los comportamientos de los piornalegos dentro de la fiesta. Como ya he dicho, muchos antropólogos admiten que antes de estudiar la cultura de uno, es conveniente abandonarla temporalmente, para sentir el choque cultural que supone vivenciar otras culturas. Aunque ya he citado varios planteamientos que, en principio, se oponen a éste, vamos a tratar incluso de justificar la elección de nuestra fiesta y nuestro pueblo, como tema y área de investigación, partiendo de él. Para ello no tenemos más que sustituir el vocablo cultura por el de ritual festivo. Partiríamos del planteamiento de que antes de estudiar la fiesta de uno, es conveniente vivenciar otras fiestas, cosa que, como he comentado con anterioridad, ya he pretendido llevar a cabo.

Extrañarse es sorprenderse ante lo inusual, original y poco frecuente de las conductas, nuestras y de los otros (estos otros pueden ser mis propios paisanos), sin tildarlas de aberrantes, irracionales y salvajes, justificadas únicamente por considerarlas propiciadas por neurosis colectivas, que hay que tratar de alguna manera para que no acaben degenerando en situaciones aún más peligrosas. Ante estas conductas hay que preguntarse el porqué de su ocurrencia, su sentido en el contexto en el que se producen, la fuerza que las origina y las mantiene, etc., hay en definitiva que realizar investigaciones que traten de dar respuesta a esas preguntas, en un marco de relativismo cultural.

Por supuesto, el contacto durante mis estudios de Antropología con un concepto novedoso para mí como el de “extrañamiento”, también ha tenido parte en este asunto. Leer parte de lo que de él se ha escrito y reflexionar sobre ello, ha acabado por invitarme a introducirlo de una manera consciente en mi repertorio de conductas, porque inconscientemente ya estaba introducido desde hacía mucho tiempo.

No quería dejar el tema de la elección de la comunidad y el tema de investigación sin unas reflexiones en voz alta que hablan de las ventajas e inconvenientes que en ello he detectado.

Cuando elegí Piornal como comunidad para llevar a cabo mi investigación y Jarramplas como contenido básico en el que centrar ésta, enseguida pensé en el importante paso que había dado en la facilitación de este trabajo, algo de lo que también se hicieron eco varios de mis conocidos “Así hace una tesis cualquiera”, me decía alguno de ellos.

Lo cierto es que de un plumazo me había quitado de en medio ese montón de problemas de los que hablan muchos antropólogos en sus escritos, como todo lo derivado de necesidades de financiación, de preparación de viajes, de adaptación a un nuevo medio físico y social, de establecimiento de primeros contactos, de acceso a las claves de la nueva cultura, etc. Me sentía un privilegiado al permitírseme trabajar en un entorno conocido, tanto en el ámbito físico como social, del cual poseía en gran medida sus claves. Por otro lado estaba mi poca afición a los viajes (lo cual no debe entenderse como poco interés por otras formas de vida diferentes a la mía, sino simplemente como cierta fobia a los desplazamientos largos).

Como ya escribí más atrás, también estaba mi familia, especialmente mis dos hijos de los que no me quería separar por lo que se presumía un trabajo de investigación que podría robarme mucho tiempo de estar con ellos.

En definitiva, a priori todo eran parabienes, con mucho menor esfuerzo que el que debería haber tenido que realizar de tener que desplazarme a estudiar otras áreas de investigación más alejadas afectiva y geográficamente.

La verdad es que investigar en mi pueblo me ha facilitado muchas cosas, aunque a medida que ha ido avanzando la investigación han comenzado a aparecer ciertas dificultades añadidas a las de

la propia investigación, a veces procedentes de fuera a veces de mí mismo, y que no quería dejar de comentar. Se trata no más que una pequeña reflexión que puede servir a todos aquellos que deseen investigar en su propia cultura, en su propia comunidad y con su gente.

Uno de los problemas que se me han planteado al investigar en mi propio pueblo ha sido el extrañamiento que ha generado en muchos de mis paisanos mi nuevo papel en la comunidad, en este caso el de investigador. “¡Mírale!, parece forastero”, me decían algunos, con cierta sorna.

La gente de tu pueblo, con la que has convivido durante tanto tiempo, tiene una idea más o menos clara de cómo eres, de cuáles son las características básicas de tu personalidad, y en el plano social, de cuál es el papel que desempeñas en la comunidad. Cada uno de nosotros tiene un rol asignado en nuestro grupo, que conlleva una serie de pautas de comportamientos que se consideran apropiados, de tal manera que cualquier otro comportamiento se considera raro, extraño, no propio de ti. Son este tipo de conductas las que más llaman la atención, precisamente por su naturaleza anormal, por salirse de esa norma a la que socialmente se dan por apropiadas. Ante estos comportamientos, la gente responde preguntando (a sí mismos o a otros) el porqué ¿por qué hace esto que no hace nunca y no hace lo otro, que suele hacer habitualmente?. A veces estas preguntas van dirigidas al mismo investigador, con el consiguiente trastorno para el proceso mismo de investigación, si bien, esta forma de actuar también nos informa del modo de ser de la comunidad estudiada, ofreciéndonos, en este caso, un perfil de piornalego preocupado por el mantenimiento de los comportamientos sociales ajustados a norma, permisivo con otros que aún saliéndose de norma se evalúan como positivos para la comunidad y curioso ante ellos.

Durante la fiesta de Jarramplas, los piornalegos han visto hasta estos últimos años, un Seba (nombre por el que se conoce al investigador en el pueblo) metido en la fiesta como uno más, tirando a Jarramplas y participando de los diferentes actos que acontecen estos días, como la mayor parte de los piornalegos, por no decir todos, de su sexo y su mismo grupo de edad. Frente a esta forma de comportarse, en las últimas ediciones se han encontrado con un Sebastián muchísimo menos participativo en la fiesta en sí y centrado fundamentalmente en tomar notas en una libreta y recoger testimonios con una grabadora. Hasta ahora esta había sido una conducta atribuida a determinadas personas, forasteros todos y generalmente periodistas, pero no a alguien del pueblo; el resultado que me ha llegado a mí, y que recojo en lenguaje escrito en mi libreta de notas, son comentarios y preguntas del tipo: “Mírale, parece forastero”, “Este, nada más que venga escribir y venga escribir”, “Con tanto escribir no te vas a enterar de la fiesta”, “Deja ya de escribir de una vez”, “Capaz de aguantarte sin tirar un nabo por escribir; no me lo creo”. La gente no entiende que un piornalego deje de lanzar nabos a Jarramplas por tomar notas, eso es cosa de forasteros. Por otro lado se interesa por las notas que se toman, con expresiones como: “¿Qué andas escribiendo?”, “Todo el santo día con la libreta, ¿y qué rayos estás apuntando?”. Algunos incluso han incluido respuestas en sus preguntas ¿Qué estás, apuntando, los que tiramos fuerte?”. Ante estas preguntas o comentarios, y otros similares, no he podido por menos que ofrecer respuestas, lacónicas la mayor parte de las veces “Aquí, unas cosillas de Jarramplas”, aunque otras veces estábamos ante el inicio de auténticas conversaciones.

A medida que ha avanzado la investigación, y se han ido corriendo las voces de que Seba, el de Castor, como se me conoce en el pueblo, estaba haciendo “algo” sobre Jarramplas, ha surgido otro problema mucho más preocupante que el anterior. Los siguientes testimonios dan una idea más o menos clara de lo que quiero expresar: “Ahí le tienes al tío; pues me han dicho que estás haciendo algo grande, pero grande, sobre Jarramplas”, “Oye, en cuanto salga lo que me han dicho que estás haciendo sobre Jarramplas lo quiero tener, valga lo que valga; ya te lo digo, valga lo que valga”. Se trata de un problema de expectativas. Muchos de mis paisanos se están generando unas expectativas sobre mi investigación, a veces de gran alcance, lo que sin duda me preocupa. Y me preocupa, porque no sé si estas expectativas se verán satisfechas cuando mi trabajo vea la luz, si es que la ve algún día. Es una forma de presión que me genera cierta ansiedad al pensar que muchos de ellos, de los cuales me interesan y mucho sus opiniones, puedan quedar decepcionados cuando lean lo que he escrito sobre Jarramplas. Aquí surge de inmediato una fuente de alivio que bien aprovechada puede resultar muy beneficiosa. En nuestro caso, como ya hemos señalado, se trataba de la realización de una Tesis Doctoral, algo que desde el principio debíamos tener en cuenta, con todo lo que ello conlleva, como por ejemplo, el hecho de que no estamos investigando para los nativos, sino para la academia, siendo para ésta y no para aquellos para los que en última instancia vamos a escribir la etnografía. Pero, aún

teniendo claro esto, no resulta fácil dejar de pensar es esos nativos cuando tu eres miembro de su misma comunidad. No es un problema de método, es un problema de conciencia.

Muy relacionado con lo anterior está el hecho de que para algunos piornalegos está claro aquello de lo que debería tratar un trabajo sobre Jarramplas, lo que puede llevar a que se decepcionen si en mi trabajo no encuentran esos contenidos que ellos consideran básicos, o si los encuentran, los consideren tratados con poca profundidad. Es el caso de los que ya se han generado ciertas expectativas respecto a tratamiento que le voy a dar al tema de los orígenes de Jarramplas, para algunos la clave de cualquier investigación sobre esta fiesta. ¿Cómo explicarles que el trabajo que voy a realizar no es de carácter histórico sino etnográfico?, ¿cómo explicarles que investigar sobre Jarramplas no es únicamente, como piensan muchos, bucear en su historia, en el pasado remoto de la fiesta?.

Otro tema que también me preocupa es el de las atribuciones que se te asocian, desde el momento en que se acepta que estás haciendo una investigación sobre Jarramplas. Para algunos esta investigación te convierte, en cierto modo, en el juez que va a tomar una serie de decisiones sobre la fiesta que resultarán decisivas para su futuro. Es como si algunos depositaran en tus manos su confianza, ya que en ellas estaría la posibilidad de salvar la fiesta o de contribuir a su hundimiento irremisible, o de encaminarla en uno u otro sentido. Por poner un ejemplo concreto, el pasado 19 de marzo de 2004, un piornalego que ha sido Jarramplas y Mayordomo en dos ocasiones, me abordó para decirme: “Oye, Seba, ¿qué sabes de la lista del cura?. Es que unos muchachos que se quieren apuntar me han dicho que como el cura no quiere saber nada del asunto, ahora eres tú el que te encargas de apuntar a la gente y llevar la lista”; recientemente, a inicios de 2005, algunos piornalegos me sugirieron que intercediera para cambiar algunas cosas de la fiesta que, según ellos, no seguían la tradición.

Quizá parezca exagerado, y lo es si verdaderamente alguien me otorga un papel que sólo la comunidad como conjunto tiene, pero cuando alguien te sugiere que esta investigación debe tener un efecto decisivo entre los piornalegos para hacer que la fiesta vuelva a ser como antes, porque en la actualidad está desvirtuada, uno casi se pone a temblar, simple y llanamente porque no es esa una de las metas de este trabajo, ni tan siquiera pienso que ese objetivo sea oportuno, y mucho menos realista. Claro que, algunos piensan que esta etnografía va por ahí; ya imagino la decepción que se llevarán cuando la lean, ya imagino lo que algunos me dirán al respecto, y casi no me atrevo a imaginar lo que algunos llegarán a pensar de mí.

Pero aún surgen más problemas a parte de los ya comentados. Cuando me dispongo a escribir sobre Jarramplas acuden a mi ciertas dudas sobre lo que se debe o no hacer público, en definitiva lo que es “políticamente correcto” o “políticamente incorrecto” respecto a la fiesta. Aún recuerdo cuando realizando el Romancero de Piornal, varias mujeres nos cantaron un romance del pueblo, pero siempre incidiendo en que no se llegara a publicar, como así hicimos. Parece lícito y ético no escribir aquella información que te dieron los informantes y que estos te pidieron que no viera la luz, pero, ¿qué pasa con esa otra información que el informante no quiere que se publique aunque no te lo comunica explícitamente cuando estás hablando con él?, ¿qué va a ocurrir si algún piornalego se siente personalmente aludido respecto a algo que prefería que no se supiera?, ¿cómo va a reaccionar?, ¿acaso va a pasar por su cabeza que se ha hecho a propósito para provocarle?. Investigando sobre Jarramplas son varios los contenidos que aparecen ante ti y cuya publicación puede generar algún tipo de problemas. Por mencionar alguno, señalamos la información confidencial sobre qué se ha hecho, en algún caso concreto, con el dinero recogido por los Mayordomos y destinado al Santo, situaciones encubiertas de saldar cuentas con la fiesta de Jarramplas como escenario, el hurto de nabos a personas concretas, etc. Es éste, en definitiva, un tema que me preocupa mucho, especialmente porque se trata de piornalegos, gente con la que voy a tener que convivir el resto de mi vida, en algún caso quizá de mi propia familia, y con los cuales no quiero tener ningún problema que pueda provenir de esta investigación. No obstante como se empeñan en hacerme saber mis directores de Tesis, una cosa es la tesis, material confidencial, y otra muy distinta su publicación, pero aún así, a uno se le plantean serias dudas.

En un plano más general se sitúan ese tipo de contenidos tabú, de los que no se debe hablar por imperativo comunitario, ya que podría suponer una situación de confrontación entre algunos de sus miembros, como es el caso de las opiniones que algunas personas tienen sobre uno u otro Jarramplas, o de estos entre sí. Mis muchas horas de conversación con unos y otros han puesto sobre el tapete algunos de estos casi secretos de confesión, y aquí surge nuevamente el dilema ya que como piornalego

tengo claro que debo a pasar por encima de ellos y dejarlos a un lado, si bien como investigador me planteo el valor informativo que poseen. Espero que por respeto a la ética comunitaria se me permita apelar a ese mínimo grado de amnesia que en momentos puntuales me hace olvidarme de cierta información, aunque tengo que decir una cosa: si para que esta investigación llegara a la categoría de tesis tuviera que echar mano y sacar a la luz esos contenidos, mi ser piornalego se antepondría al de investigador y renunciaría a escribirla o al menos a publicarla.

He abordado algunos problemas asociados a la presión que se puede sentir como investigador en la propia comunidad, dadas las expectativas que se pueden generar o las atribuciones que se asocian, pero además de estas indudables dificultades, cuyo origen es externo a nosotros, podemos hablar asimismo de problemas internos, surgidos de nosotros mismos, como es llevar a cabo la difícil tarea de “salirte fuera para mirar dentro”, de dejar un poco de ser piornalego y convertirte en ese forastero interesado por Jarramplas, que es capaz de extrañarse ante el sonoro cohete que anuncia la salida de Jarramplas, el rostro de la gente al lanzarle nabos, la devoción ante San Sebastián y tantas y tantas cosas más. En principio no parece difícil, pero, ¿cómo dejar de tirar a Jarramplas para observar cómo tiran los otros!, ¿cómo dejar de charlar con tus amigos cuando se mete Jarramplas, algunos a los que no ves desde hace algún tiempo, para ir a tomar notas de lo que hace la gente!, ¿cómo dejar de cantar las Alborás para escuchar cómo las cantan los otros y cómo se comportan durante el canto!, ¿cómo dejar de enseñar Jarramplas a tu hijo para observar cómo los demás lo hacen con los suyos!, ¿cómo no atender a algún visitante conocido, que ha venido a ver la fiesta, por tener que recoger información de lo que hacen otros muchos forasteros!, ¿cómo evitar coger un nabo, que se para a tus pies y no lanzárselo a Jarramplas!, ¿cómo evitar tener esa sensación tan placentera que te produce estrellar un nabo contra su máscara!, ¿cómo, en definitiva, dejar de ser piornalego en Jarramplas!. Desde fuera puede parecer una empresa fácil, pero no lo es, al menos para mí, menos aún cuando la tentación se presenta por doquier, a veces incluso por boca de los que saben lo que estás haciendo “Enséñame las manos... ¿es que todavía no le has tirado ni un nabo?; ¡no me jodas, tío!, mira éste, qué bonito, tómalo”. La situación no es de lo más apetecida, ya que a tu deseo de obtener la máxima información observando lo que la gente hace y dice, en plena confrontación con tu deseo de hacer lo mismo que ellos, se une la ansiedad que genera todo conflicto: si tomo notas no disfruto de Jarramplas como es debido; si disfruto de Jarramplas no tomo notas. Y suponiendo que te decidas a recoger información, aunque ello conlleve no disfrutar de la fiesta en plenitud (“Lo de la tesis van a ser unos pocos años; ya tendré tiempo de saborear la fiesta en próximas ediciones”, me digo una y otra vez), la cosa no es tan fácil, ya que a veces las circunstancias te llevan, como una avalancha entre el gentío, sin tu querer, hacia tareas que poco o nada tienen que ver con lo que estabas haciendo: “Deja de escribir y echa una mano, ¡coño!”; “Coge la guitarra que no ha venido Manolo”, “Habla tú con los de la televisión, que nosotros tenemos que empezar a vestir a Jarramplas”, y ¿cómo decir que no!. Claro está, como se recoge en el dicho “Si a *nios* a *nios*, si a carteras, a carteras”, cuando se está vistiendo a Jarramplas, o en la ronda, se está vistiendo a Jarramplas o en la ronda y no se puede estar en otra cosa.

Muy relacionado con lo anterior señalamos nuestra incapacidad para multiplicarnos, para poder estar en dos sitios a la vez, lo que en más de una ocasión te plantea un nuevo conflicto, especialmente cuando simultáneamente tienen lugar dos o más acontecimientos que podrían ofrecerte informaciones interesantes. El hecho de que Jarramplas tenga diversas salidas al cabo de los dos días nos permite tomar notas sobre diferentes aspectos, de tal manera que en una salida recogemos información sobre la gente que está fuera, en otra de la que está dentro, en otra de cómo van los que están encargados de las migas, etc., pero en acontecimientos que sólo suceden en una ocasión durante el ritual, ¿qué hacemos?, ¿cómo elegimos el acontecimiento que tenemos que seguir?, ¿vamos a la Ronda, al Regocijo, a las Alborás, a las Migas, a la Procesión, o nos dedicamos a observar qué hace otra gente a esa misma hora?

Aunque cada Jarramplas es único, y todos los momentos y acontecimientos que acontecen en esta fiesta tienen ese grado de unicidad que no podemos olvidar, lo cierto es que mi presencia en varias de sus ediciones como investigador, me permite en cierta medida solventar este problema. Así, si un año he acompañado a Jarramplas en las Alborás, otro he ido en la parte trasera del grupo y otro me he acercado a ver qué había por los bares a esa misma hora.

No vamos a comentar mucho más sobre este tema, solo incidir nuevamente en que la investigación en tu propia comunidad, metodológicamente no es un tema sin importancia, con todo ventajas y

ningún inconveniente; pienso que se trata de una posibilidad más de investigación, a la que hemos optado en nuestro caso, y para la que pedimos el mismo respeto y consideración que para otras.

Sin duda, tras esta investigación, Jarramplas, incluso Piornal, ya nunca serán para mí los mismos que eran. Desde que en 1999 inicié la Tesis y comencé a mirar a Jarramplas con otros ojos, éste y la comunidad que lo ha creado, han pasado a ser para mí contradictoriamente un personaje y un pueblo más cercanos y más lejanos a la vez, todo ello producto de la tensión que provoca la propia etnografía. Como señala Manuel Delgado en el prólogo a la edición española de *Tristes Trópicos*: “El precio de la lucidez es alto. La práctica radical de la etnografía es algo de lo que raras veces se sale indemne: siempre se sufre daño” (1997: 15) o Claude Lévi-Strauss, en esta misma obra, “Nunca más en ninguna parte volveré a sentirme en mi casa” (1997: 59), a lo que yo añadiría “ni en mi propia casa”. El daño para el etnógrafo que investiga en su propia comunidad es el cambio que experimenta en su relación con ella, tanto proveniente de él mismo como provocado desde la misma comunidad para cuyos miembros ya nunca serás el mismo.

Bibliografía

- AGUIRRE BAZTÁN, A. (1995). “Etnografía”. En A. Aguirre Baztán *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, pp. 85-105. Marcombo. Barcelona.
- ANGUERA ARGILAGA, M. T. (1995). “La observación participante”. En A. Aguirre Baztán *Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural*, pp. 73-83. Marcombo. Barcelona.
- DELGADO, M. (1997). “Prólogo” en Claude Lévi-Strauss, *Tristes Trópicos*. 2ª reimpression a la edición española. Paidós. Barcelona.
- DÍAZ IGLESIAS, S. (2004a) “Jarramplas: tiempo de fiesta en Piornal. La construcción de identidades colectivas en torno al ritual”, *Gaceta de Antropología*, 20. Universidad de Granada. www.pwllac@ugr.es.
- (2004b) “Los ensayos como rito etnomusical previo a la fiesta de Jarramplas”. En Joseph Martí y Silvia Martínez (coord.) *Voces e imágenes de la Etnomusicología actual*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 191-206
- GARCÍA GARCÍA, J. L. (1991). “¿Qué tienen que ver los españoles con lo que los antropólogos piensan sobre ellos?”. En M. Cátedra *Los españoles vistos por los antropólogos*, pp. 109-126. Júcar Universidad. Madrid.
- GUASCH, O. (1997). *La observación participante*. CIS. Madrid.
- LÉVI-STRAUSS, C (1997)[1955]. *Tristes trópicos*. Paidós. Barcelona.
- MARCOS ARÉVALO, J. (2000). *Etnología de Extremadura (Investigación y docencia)*. Junta de Extremadura y Caja de Extremadura. Badajoz.
- RODRÍGUEZ CUEVAS, L. (2003). “Manuel Gutiérrez Estévez, un antropólogo de ayer y hoy”. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 29. www.aibr.org
- SPINDLER, G. D.; SPINDLER, L. (1982). “Roger Harker and Schoenhausen: From the familiar to Strange and Back”. En G.D. Spindler (Ed.) *Doing the Ethnography of Schooling*, pp. 21-46. Holt, Rinehart y Winston. New York.
- VELASCO, H. M.; DÍAZ DE RADA, A. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica. Un modelo de trabajo para etnógrafos de la escuela*. Trotta/UNED. Madrid.
- ZUBIAUR, F. J.; ZUBIAUR, J.A. (1980). *Estudio etnográfico de S. Martín de Unx*. Diputación Foral de Navarra. Pamplona.